

Jorge Luis Arcos

EL LIBRO DE LAS CONVERSIONES IMAGINARIAS

Prólogo de Efraín Rodríguez Santana



BETANIA

EL LIBRO DE LAS CONVERSIONES
IMAGINARIAS

JORGE LUIS ARCOS

EL LIBRO DE LAS
CONVERSIONES
IMAGINARIAS

Prólogo de Efraín Rodríguez Santana

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía

Colección Betania de Poesía
Dirigida por Felipe Lázaro

Portada: *Sin título*, de Neli Mongi

© Jorge Luis Arcos, 2014
Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
Madrid, 28080, España

I.S.B.N.: 978-84-8017-340-7.
Depósito legal: M-3551-2014.

Imprime Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

ALGO

I

Las conversiones imaginarias de Jorge Luis Arcos (JLA) nacen de un decantado conocimiento de la poesía cubana, unido a una puesta en escena poética de *algo* inalcanzable. A través de estos poemas se repasa una década (2003-2013) cargada de obsesiones, inconformidades y desencantos.

Sus palabras conducen al flujo de una identidad muchas veces perdida. Alteraciones que no abandonan el saber poético, a través del cual ha conformado una de las obras ensayísticas más importante de la literatura cubana actual. Pensamiento poético y escritura poética van de la mano en JLA.

JLA se adentra en el bosque origenista e incorpora a sus textos no la multiplicidad de sus estilos, sino la fábula, el gusto por la peripecia escrita de sus componentes. Incluso, me atrevería a decir que en este *Libro de las conversiones imaginarias* se tensa una línea que va de la “noche insular” de José Lezama Lima al onirismo de Lorenzo García Vega, pasando por la Cuba Secreta de María Zambrano, la isla en peso de Virgilio Piñera, la invención emocional y mental de la Cuba imposible de José Martí, las nostalgias casalianas, el desgarró existencial de dos contemporáneos suicidas, Raúl Hernández Novás y Ángel Escobar, así como la obra de algunos de los poetas más radicales e innovadores del grupo Diáspora (s), todos ellos en la ronda alucinada de Zequeira.

Rutas que irrumpen en el quehacer enfático de JLA. El tiempo: los años formativos, los vicios, el amor, la inseguridad, la avidez de conocimiento, la plenitud de los deseos, la justicia, el escepticismo, la fuga hacia otros estados alterados. Los espacios: el poema, el ensayo, las islas, los continentes, la historia, los sueños, las palabras. Los participantes: los poetas más influyentes, vivos y muertos, con quienes habla permanentemente, los amigos presentes, ausentes y perdidos, los

maestros, los amores, los sujetos abominables y tiránicos, los dáimones.

La intensidad, a veces torbellino, pudiera ser uno de los rasgos más evidentes y desconcertantes de esta poesía. Trato de entender cómo se expresa ese estado en sus versos. Se expande, saltan los recuerdos. Se nutren (sus poemas, él mismo) de la memoria ambivalente de sus interrogaciones. Depura caprichosamente, se aferra a sus filiaciones, escoge las palabras, las sonoridades más fuertes, para reconstruir diálogos infructuosos y recurrentes sobre la experiencia: ¿la amistad?, ¿los deseos?, ¿las carencias?, ¿los vicios?, ¿la escritura?, ¿los mentores?, ¿los saberes?, ¿el mediodía?, ¿la oscuridad?

II

JLA nunca ha sido prudente, de ahí que *algo* esté estallando siempre dentro de él, en forma de sustancia adhesiva de sueño y realidad real. Estalla, lo arrasa. Son parajes indistintos que traslada a la escritura como recurso extremo (¿aniquilador?).

Durante 2011 y hasta mediados de 2012, Lorenzo García Vega y JLA sostuvieron una correspondencia particular. A través de ella se intercambiaron sueños. Abrieron paréntesis para la explicación de sus recíprocas fantasmagorías. JLA le descubre *El fuego secreto de los filósofos*, de Patrick Harpur, Lorenzo, entonces, se transforma en un ser daimónico, a través de sus particulares imágenes de entresueños. Fueron mensajes cargados de coincidencias que avizoran ante todo las exclusivas trayectorias creativas de ambos. Pareciera por momentos que JLA asume para sí lo que ya en García Vega es su marca de identidad literaria, o sea, el así denominado “oficio de perder”.

Desde la conciencia de lo perdido se construye este libro, es por eso que JLA emplea términos tan afines como légamo, islas, naufragio, exilio, diáspora, cáncer.

Lorenzo le escribe a JLA: “Toco a la muerte, por la noche. ¿Toco a la muerte? Entonces, en un email, me dijo Arcos: ‘Yo estaba en una fiesta, en un salón iluminado. Vino alguien y

me dijo que me buscaban en la puerta de la casa. Cuando llegué al umbral había un viejo que me miraba (no podré olvidar nunca esa mirada), pero las cuencas de sus ojos estaban vacías. Supe inmediatamente dos cosas: que era la muerte y que se llamaba CASCORRO. Y me desperté. Desde entonces me persigue ese fantasma que yo utilizo para los correos’.

(...)

Pero lo que no sabe Arcos, es que yo soy CASCORRO. Yo hoy estuve en una fonda de chinos, y aunque tengo 84 años, las manos me siguen temblando (y las piernas, y el cuerpo) como cuando era un joven, iba a un baile, y en un momento, sudando de pies a cabeza, dejaba de bailar, sabiendo que en algún momento tendría que someterme al electro. ¡Igual que antes! Pero ahora, para remate, en este momento estoy ciego. Sé que estoy ciego, como CASCORRO”.

Lorenzo García Vega hace de las reiteraciones su mejor ámbito de reflexión, poetizar como si entrara en sucesivos encierros lingüísticos. Desaparece, se diluye también en un posible *tokonoma*, para reaparecer como Cascorro. *Algo* muy duro los emparenta, algo escrito. Linaje que hace del bosque origenista un motivo de especial interés en la vida poética de JLA. En su caso, su linaje es sucio, no hay en él nada de lo que pueda parecernos solamente hermoso, se hace, más bien, de incisiones, apelaciones, escalones que suben y bajan a sus abismos.

III

Lo veo deambular por calles de El Vedado, como un zombi, entre las diez de la mañana y el mediodía, momento en que todo comienza a significar. Hora de la primera cerveza. Se inicia el lento diálogo con una mesa.

IV

En uno de los poemas más entrañables de este libro (“Epístola a Enrique Saínez...”), JLA intenta sopesar con su amigo el dudoso valor de la isla natal, contrastada con la islas escritas

de algunos de sus poetas memorables: “Yo nací en una isla/ Pero entonces, amigo, cómo volver a nacer en otra patria oscura?/ La antigua noche oscura, la patria que anhelaron Juan Clemente y Casal”.

Repaso y trayectoria de pérdidas, lo que sólo se puede imaginar con palabras, en el cifrado mundo de “las metáforas del corazón”: “Yo nací en una isla. ¿Qué buscabas, María, en esta isla extraña?/ Te recordaba a Málaga, a tu padre con su traje blanco de alpaca. Ah, María, si ésta era tu patria prenatal, tu infancia, tu secreto y tu carnal apego/ para mí era el infierno, las praderas malditas con un Sol en el centro”.

Formas masoquistas del estilo de JLA, lo que no se puede pacificar, asedio pactado con la poesía, desde una isla mental. Es la manera habitual en que el “oscuro cronista” ahonda en su simbología más urgente, su “ronda” frente al mar, “mausoleo oscuro” de los carentes.

El mar responde por “la boca del pez”, se alude a formas violentas de muerte: “El fiel pistoletazo. El delirio en la sien”, y otras tantas negaciones coleccionadas por el poeta. “Vivir sacrificialmente una utopía”, dice JLA. Se trata entonces de querer saber cómo es ese “abismo”. Llega hasta los bordes, pero no salta: “Cuidado, Jorge Luis, con esos desfiladeros imprevisibles”.

Refiriéndose a él mismo y a otros poetas afines, JLA asegura: “El poeta se empeña en partir siempre desde una suerte de légame reminiscente, ese territorio informe de la memoria creadora, ese venero sagrado, confundido, primordial, donde las imágenes parecen obedecer a otra lógica, otro conocimiento. Confieso que mi vocación hacia la poesía devino una fatalidad”.

V

Se instala en cierta fascinación alcohólica y otros aliviadores mentales. Como un Maldoror ingenuo, apela al frenesí de una búsqueda insólita, desata el cuerpo, penetra en ámbitos borrosos que anunciará a su modo: “Soy el Padre Clítoris, el

tabernero lujurioso/ El Pene Enano, se burlan mis enemigos (mis próximas víctimas)// Vivo para el vicio y la caridad”. A través de algunos términos asociados: sobredimensión, estruendo, JLA bucea en lo “oscuro” para encontrar la transparencia de la poesía.

Y prosigue con sus espacios caóticos, cósmicos. Agrega primero una de cal: docta, poética, iluminada por los saberes. Después una de arena: drogadicta, sexual, alcohólica. Como facetas de un mismo ejercicio vital: “los deseos que desconozco pero que me involucran”. Las tentaciones que están más allá y más acá de las palabras: “Pero no quiero palabras. Quiero manchas/ cosas duras, sexo abierto/ como una boca caníbal”.

VI

Volvamos a la mesa. Como un personaje nietzscheano se abre a la rugosa superficie de la mesa. ¿Cómo convidar a otros visitantes?, se pregunta JLA, y comienzan a aparecer unos raros convidados mentales y físicos. Beben algo más fuerte, incitan a JLA a hablar fluidamente. Cae la noche, JLA sube a la mesa, una música llega a sus oídos. Como Vittorio Gassman teatraliza el Canto V del *Inferno de Dante*: “*E caddi, como corpo morto cade*”.

VII

Este libro es también una especie de catálogo de emociones. Algo pendular que oscila entre lo corporal y las disquisiciones vehementes del texto.

“Y la ronda de Zequeira y el fantasma y el naufrago (¡Lezama!) y el esqueleto de Martí”, como límites del país poético de JLA y, dentro de ese país, otras referencias: “un anciano caníbal que pasea a sus perras y mira de soslayo la belleza que pasa”, “cabelleras suicidas”, “cabriola suicida”, “antropología suicida”, “carroza suicida”, “camino suicida”, “el ánima como una sucesión de máscaras suicidas”.

VIII

Hacia el final, JLA se reserva *algo* más severo, más anatómico, es el poema “Leyendo a Sor Juana”, fechado en Córdoba, el 2 de octubre de 2013. Algo que sobrepasa sentimientos y palabras. Culmina así el asombroso trasiego poético de una década. Arranca con un diagnóstico: “—Nada./ —No se ve nada./ —Está sano”. Después prosigue con una tupida madeja de asociaciones. “Médula y mucosa” parecen ser palabras claves. Escribe lo que afirman los oncólogos: “Mucosa sana. Movilidad conservada. Sin lesiones”.

Este poema envuelve con signos y nombres ilustres la realidad del cuerpo enfermo del poeta, su calvario y posterior cura. JLA comienza refiriéndose a islas infernales, suicidios, oscuridades y termina con “el latido del tumor ausente”. Si está ausente, ¿por qué sigue latiendo?

Curado del cáncer, bebe “una cerveza como ámbar”.

Efraín Rodríguez Santana
México DF, 23 de enero, 2014

Efraín Rodríguez Santana (Palma Soriano, 1953). Poeta y escritor cubano. Recientemente ha publicado la novela *La cinta métrica* (2011), la antología poética bilingüe (español-portugués) de Gastón Baquero *Com olhos de peuxe* (2010) y el poemario *Máquina final* (2009). Autor de varios poemarios, como: *El hacha de miel* (1980), *El zigzag y la flecha* (1987), *Otro día va a comenzar* (2000) y *Un país de agua* (2002) y de la novela *La mujer sentada* (2002). En Cuba publicó la antología poética de Gastón Baquero *La patria sonora de los frutos* (2001) y, en España, seleccionó y prologó *Fatiga ser dos sombras* (Betania, 2001), antología poética de Ángel Escobar.

Epístola a Enrique Saínz (o de las conversiones imaginarias)

1

Amigo, ahora que he llegado al tiempo de las conversiones
/imaginarias
de los sueños más turbios, puedo dejar a un lado las pavesas del
/odio y los fantasmas de la esperanza
Porque éste ¿no es el tiempo de las postrimerías?
Tiempos de desprecio, como los llamó Tertuliano, citaba la
/sibila de Málaga
Ahora que los sentidos se vuelven retrospectivos, puedo
/invocarte a ti
antigua Diosa Blanca, y abandonarme a las confesiones que
/dicta el tedio
el sudor legendario, como un derrotado Edipo o Virgilio
/agonizante
con la paz del escriba, un oscuro cronista o soñador ancestral
/añorando la sombra de los mangos en flor

Lo primero, el país de marras, la inconcebible ínsula de mi
/orfandad
Yo tuve un amigo que se leyó a Nietzsche y se volvió loco
/como John Nach, el Emperador de la Antártida
¿Se puede leer a Nietzsche, con impunidad, en la juventud? Yo
/nací en una isla
Nietzsche es otra isla. Él me enseñó el valor de la lejanía, el
/puentecito roto, la montaña distante, el eterno retorno
¿Cómo oír a Bach y, a la vez, sentir los golpes dionisiacos en el
/piano?
Gritar: *Ariadna, te amo*. Y firmar: *El Crucificado*
Ah, el amor como un límite, un umbral, un imposible

Dos patrias tengo yo..., dijo el náufrago de la playita de
/Cajobabo
Entonces yo buscaba algún rostro, otro tacto, alguna certidumbre
algo desconocido, *las figuras danzantes en el fondo del lago*
Y lanzaba piedras al mar, al mausoleo oscuro, buscando una
/respuesta suya
No sabía entonces que *si nada se busca, la ofrenda será*
/imprevisible, ilimitada
Pero allí estabas tú, Diosa Triple, terrible, Medusa inolvidable
No entendí tus lecciones. Y buscaba en los rostros, en los
/rostros amados
un aviso, algún signo, un lenguaje lejano: la palabra perdida, la
/realidad sin nombre
(sin piedad, sin pecado). Ah, las irisaciones de esos rostros
/varados, su indefinible angustia
el sexo originario, un puente que borrara la atroz separación, el
/dualismo malvado
Ni ángel ni demonio ¿Polo Febo y Celestina? Uno solo. Algo así

Yo nací en una isla. ¿Qué buscabas, María, en esta isla extraña?
Te recordaba a Málaga, a tu padre con su traje blanco de alpaca.
/Ah, María
si esta era tu patria prenatal, tu infancia, tu secreto y tu carnal
/apego
para mí era el infierno, las praderas malditas con un Sol en el
/centro
la luz que borraba los rostros, que difuminaba los secretos
el sitio de la expulsión, el lugar del naufragio, la pérdida, la
/pérdida

Amigo, tú siempre lo supiste. Es el infierno, claro. La región de
/los hijos
Los hijos de la noche. Y los hijos nonatos. La eterna sensación,
/el procaz desamparo
Todo partido, roto. Y la gota de láudano. Las velas que se
/apagan. Es el infierno, claro

Después, las tentaciones ¿Hay un infierno claro? La vida es un
/ensayo. Tú lo supiste siempre
Las dendritas rodeándote. La amarga circunstancia. El país tan
/lejano
Profanar los umbrales. Padecer los insomnios. Hacer sufrir al
/prójimo
Y mirar allá lejos, lo incomprendible, huraño. Entrar al parque
/oculto
El fiel pistoletazo. El delirio en la sien. Y la boca del pez
Las hojas del otoño cayendo lentamente como un manto sagrado

Mas ¿qué estoy escribiendo, amada víctima? Todo rugoso, mudo
Y los dientes de perro. Tal vez. Y sin embargo
hay un espejo claro. Los ojos de tu perro como estrellas remotas
Tal vez. Yo nací en una isla. Muy cerca de las líneas
de los bordes. *Hijo mío, ¿adónde te escondiste que te busco
llorando?* ¿Hay islas de perdón? ¿En Solaris? Despacio
muy despacio miro las conversiones, los duros simulacros
(Qué pobre es el Poder. Patético el Tirano). Hay una fuente
absorta en el centro del patio. Allí toda la música y el esplendor
manando en el silencio puro un alfabeto claro
Allí el Buda perfecto. Allí el silencio. Amigo
¿no podremos volver a la fuente secreta?
(*Alánimo, alánimo, la fuente se rompió*)
Yo nací en una isla. Una isla en el amnios
Tú lo sabías, Raúl. Porque estamos de paso: luciérnaga, cocuyo,
/rayo verde
eterno minotauro mirando las estrellas. No hay un infierno claro
Dragonflay. En la noche (y toda noche es sombría)
se dibuja un eclipse. Quedarse allí, soñando
rodeados por el mar y la noche y tu mano
Tu mano como un bosque. Tu sexo como un prado
Mirar las luces, lejos. Y dormirme en tu mano
como una hojita seca, peonía, cilantro

Pero...

Yo nací en una isla

Y no hay un infierno claro

Nos quedan los recuerdos como fábulas, las canciones
como reinos hechizados y aquellos *y aquellos ojos verdes*
serenos como un lago, los instantes perdidos y todas las visiones
el inaudito tacto, la música lejana, los olores extraños y al fondo
en lo imposible un sabor legendario

Yo nací en una isla

No puedo imaginarlo

y rezaba contrito **pater** y *ave maría*
Rubén Darío

Amigo, ¿cuándo fue que llegaron los caballeros sombríos
oscuros emisarios de otra noche, otra isla, otra patria posible?
¿Cuándo fue que llegaron? No sé. Eran como la noche
la noche de mis pánicos. La ña que se hincaba en la sábana
/tersa
(debajo, yo, contrito, con mi linterna fría) Eran los muñeques
los payasos frenéticos, con sus botas enormes enfangándolo
/todo
(Trompoloco, Bob Gray o *Pennywise* el Payaso) No podía
/escribir. No podía escribir
Tenían de peles, de espectros, de gusanos
Como los vió Lorenzo en su noche increíble
Pero *siempre el manotazo de plomo*, dijiste tú, Lezama,
/melancólicamente

Seres hay de montaña, seres de valle
y seres de pantanos y lodazales

Escribió el hombrecito del abrigo enorme
No sé, pero en mi noche, en mi alberca secreta
la noche de las noches de la playa vacía
ellos no prosperaban. Y podía escribir
recoger caracoles, imaginar el mundo de otro modo
más vasto, apagar la linterna y recorrer la sábana
sentir las losas frías, el rumor de las páginas
como olas, y el sexo tibio, oscuro de la noche
a mi lado. Otra isla, otro tacto, como un claro en el bosque
la fogata en el centro, los planetas girando
como un escalofrío. Y toda la duermevela
de tus ojos temblando como un borde imposible

como una oscura esencia. Ah, qué vastas comarcas
descubría a tu lado, las regiones minadas
de una turbia belleza. Era el golfo de las visitaciones
de las conversiones imaginarias. Y eras el pobre
el forastero, el poeta, el orate. Toda la marginalia
(alcohol y marihuana y un extraño esplendor
en todos los espejos)

Amigo, de nuevo el mundo estaba
amargo y dividido. La realidad grosera, la profecía errante
la luz dudosa, inane. Infantil la esperanza, y la bestia en el

/centro

usurpando el espacio de toda iniciación

Qué tienen los paisajes que no olean el alma. Su entusiasmo
es tan breve, su inocencia tan parca

Amigo, los paisajes
desconfiertan el alma: el vínculo extraviado, la plenitud
perdida, olvidada su espuma, su color desvaído. Y una ansiedad
suicida y un extraño rocío traspasándolo todo. No sé
tal vez, quién sabe. Hay dos razas, dos noches, dos islas
enemigas. El antiguo linaje de Caín y de Abel. Y

We only live, only suspire

Consumed by either fire or fire

Pero

como también dijo el Profeta: *The end is where we start from*

(...y entonces busqué en el otro, en las simas del sexo, borrar mi rostro huraño, solitario, cansado. Trasvasarse en lo otro, la belleza inaudita. Buscar un tacto, un nudo. Algo cerrado y duro. La mano que se extiende, la mirada anhelante, la música lejana, un olor clandestino, un sabor legendario. En la eterna muchacha del púrpura opulento un cuenco de rocío, una espuma secreta. Ay, légamo, había que mezclar el estar con el ser. Y volver a nacer: piedra, palma, otro río. Algo mudo, vacío. Punto oscuro, imposible. Y la hoguera en el centro...)

Amigo, las terrazas siguen inalterables. En las montañas de
 /Baracoa
 no pasa el tiempo. Alguien no ha desembarcado nunca en esas
 /costas
 La isla sólo existe en la imaginación. Sólo hay pulsaciones
 El ahora no existe. Ni el antes ni el después. El principio y el fin
 ¿no son lo mismo? Somos como una esquirra del caos sagrado
 No podemos verte el rostro porque todo es tu Rostro
 Esa muchacha agonizante, ese volcán altivo, esa estrella remota
 ese bote maltrecho, esas carabelas en el alba, esa cruz
 /despedazada
 el Huracán, el Cemí, todos los idolillos, las pictografías, las
 /cerámicas
 los areítos, el humo azul del tabaco, y más, la isla desierta, y
 /más, la víspera de la isla
 del planeta, del Sol, de la Vía Láctea, de tus ojos desollados y
 /bellos
 carrusel, ti vivo, laberinto, espiral, y los caracoles en cajitas de
 /nieve
 Silencio. Lo trivial es todo. *¿Para qué existen las trivialidades*
 /en la vida?
 se pregunta el monje lúcido. Y el biznieto de Nietzsche le
 /responde:
 “Sólo intimamos con la vida cuando decimos *—de todo corazón—*
 /una trivialidad”
 Tengo que regresar las polimitas a su origen sagrado. Y el nácar
 /de las siguas
 de mi bastón, y su madera preciosa. Hasta la china pelona de la
 /playita de Cajobabo
 Y estas ropas, estos cueros, estos minerales increíbles. Todo es
 /nada. Todo
 como una música increíble, como una lluvia de mazorcas de
 /oro. Como tú

Pero, amigo, aquí abajo, en la selva inaudita
la cerrada tiniebla sobre la isla última
el cielo desplomándose como una profecía
las sombras que conversan en el páramo frío
y nosotros boqueando en la noche sombría
recordando la escoria, los fantasmas sagrados
los libros, las fogatas, las ruinas melancólicas
las versiones del tedio y los rostros amados
y el ocio como un cielo, la música inaudible
la fuente como un chorro de esplendor imposible
la luz muriendo avara y la casa vacía
y nosotros mirando la soledad final

¿Tan solo los instantes compensan el camino? ¿Todo se pierde
todo, también esos instantes? ¿Por eso los soñamos?

Yo nací en una isla

Había una vez...

No puedo

No puedo imaginarlo

enero, 2003

El sol que no miente

a Fina García Marruz

Hambre de ti sin ti como un deseo melancólico
Recuerdo que ya declina de colores más brillantes
Sospecha de una mirada no estrenada todavía
Y la esperanza platónica de una carne diferente

Oh cuerpo, en ti busco en vano esa huraña melodía
La sed que sacia, la prisa serena, la visión que ciega
Del placer, el corazón, de la nada, la simiente
La luz que borra la belleza absorta de la oscura fuente

¿Del otro lado está Dios? ¿Tu propio rostro? ¿La muerte?
¿La profecía? ¿La víspera? ¿La oscura luz? ¡No me tientes
con otro conocimiento! La soledad de la mente

La vulva abierta, la nieve que arde, el sol que no miente
Medusa que tiembla, ventosa que abrasa, la culpa inocente
La luz que borra la belleza absorta de la oscura fuente

De la pérdida

Tú estabas (¿estabas o estás?)
recogiendo un insecto, un caracol
como un espejo claro, pedazos
de ti mismo, retazos, jirones
de un pasado o futuro y remoto
resplandor. Le pedías al mar
una señal, un minúsculo aviso
como antes al vasto cielo estrellado
un guiño, como a Dios, como
a ti mismo, algo que te sirviera
para poder seguir durmiendo
caminando en esas aguas turbias
que decían *es sólo un sueño que pasa*

Cada noche pedías no sé qué
a los reyes errantes, a una voz
desconocida que decía tu nombre:

(¿era tu propia voz?)

Y hacías el amor como un extraño
conjuro y aguardabas extático
un rayo súbito, tal vez una mirada
cómplice, un contacto inaudito
para ¿al fin cerrar los ojos?
para ¿descansar, levitar?
para

Pero nunca supiste para qué

De Borges

Entre estas dos posibilidades, escoge una (dijo una antigua voz)
La otra continuará su viaje, como un espejo remoto
que no volverás a mirar, y acaso
es ya la dicha inalcanzable. Cada rostro que pierdes
alude a otro universo, otra posibilidad desconocida
Aquellos senos crecerán como manzanas prohibidas
Esos ojos fatigarán paisajes que no conocerás
Esta mano ¿será la del suicida?
En aquel recodo oculto aprenderás astronomía
Pero ningún camino será mejor que otro
En cualquiera de ellos derrocharás el universo
En cierto sentido tú eres todos y nadie
Eres Ulises y Eumeo y eres la sal del sufrimiento
y esta isla y ninguna, y aquella muchacha
que olvidaste, y un planeta salvaje
y eres el polvo y la arena y el agua
y el fugitivo viento y la perversa nada
y el desierto y la cruz

Borra el margen

Borra el margen, el rostro que te alude
la tela del espejo y sobre todo
descorre al fin esa cortina oscura
en tu remota infancia y vuelve a nadar
hacia el confín como un hermoso náufrago
y sé feliz, ninfómana, astrónomo, suicida
rey o Elpénor o aprendiz de animal
y sobre todo sé tú, sé tú, sé tú
aunque seas un astro turbio y perverso
un cometa lujurioso
o nada más

Minotauro

Este es el animal que no ha existido

R. M. Rilke

En un pasillo oscuro estabas tú

En una espera absorta como un vicio melancólico

Habías perdido el reino, el trono del aire
el confín, los furiosos atardeceres
aquella muchacha astuta y lujuriosa
aquel héroe romántico y displicente

¿Quién escribirá tu historia
lejana como tu propia imagen?

Te habías quedado ciego
y solo olías a ti mismo
y tocabas tu cuerpo
con un tacto olvidado

Laberinto, náusea, oscuridad

Náufrago desde el nacimiento

El sacerdote de tu extraña noche

Sólo cantar y soñar y aguardar
una extraviada belleza
un rostro de dulce olvido

En tu opulenta noche

En tu reino salvaje

En tu castillo ensangrentado

En tu inflamado corazón

Del sueño

En ese sueño estabas. No eras tú
Tenías una rara belleza, como nunca
te sorprendí en la vida. Yo sentía
un nudo, una pregunta, un imposible
algo como esferas girando
alrededor de un centro íntimo
remoto. Mis ojos se alejaban
de mis ojos. Me miraban a mí
como a un mendigo al borde
de toda la belleza, inconsolable
No hablábamos. Sólo mirar
y sentir y padecer y asentir
y todo el universo estaba allí
como una paloma tranquila
como tu mano en mi corazón
adolescente, tibio, indiferente
y mi mano en tu corazón
como una nube extraña

Tus ojos rezumaban praderas
arrecifes al filo
de un mar altivo y vigoroso
y un viento inteligente
que lo envolvía todo
y soplaba contra mi rostro
como un lenguaje indescifrable

Eras como un árbol, como una pregunta, eras
como mi mano en un planeta oscuro
oscuro, oscuro como un sueño, un corazón
donde tú aparecías y no eras tú

La otra mano

a Ángel Escobar

Ese muchacho, bizco, casi un niño
errático, estrambótico (o casi gótico)
que me miraba
tan lejos y tan cerca
y era yo. Apretaba una piedra
con su manita flaca. Sufría mucho
¿Recordaba un pasado esplendor?
Me hería su mirada. Mi mirada
Los dientes apretados, zumbaban
No se puede matar, no se puede matar
como un antiguo grito. Pero
aquél, éste, tú y yo
ese muchacho bizco sabíamos
que sí, aunque, tal vez, acaso
no sería ese el momento, quizás
después o nunca o hace ya mucho tiempo
sin embargo ¿qué hacía con su otra mano?
No lo sé, pero en el fondo
los dos sabíamos que sí
que por supuesto
que siempre lo supimos
y entonces lenta furiosa
oblicua inevitable (mente)
la otra mano por fin se decidía

Desde el légamo

a Virgilio Piñera

Abro los ojos desde el légamo
Sufro la sombra de altos acantilados
Un tupido bosque me rodea como un cáncer
Un bosque lleno de trasgos, suicidas, astrónomos
poetas muertos
(mi clientela habitual)

Más allá, más allá, en la Comarca del Norte
el rostro de una diosa avasallada

Mi faro de Alejandría

Yo, desde este charco, desde esta ciénaga avara
gozo como un loco, blasfemo como un tirano

Soy el Padre Clítoris, el tabernero lujurioso
El Pene Enano, se burlan mis enemigos
(mis próximas víctimas)

Vivo para el vicio y la caridad

No puedo sufrir más

Una tela blanca

Una tela blanca, mojada para cubrir tu alma
con delicada gasa la eternidad
porque en verdes pastos me harás yacer
como acostada nube o desdeñado mineral
o derretida nieve o pobre pesebre
o mendigo o niño o pez o muchacha
o galaxia o agua que corre limpia
furiosa, rápida, como un espejo te borrará

De la mirada desconocida

*...ya que un día nos encontraremos
en el Limbo de los justos,
o en el Limbo de los niños*

Lorenzo García Vega

La mirada se desplaza por una interminable procesión de aguas
/pútridas

Dos bulbos hinchados tiemblan dentro de la irrealidad del
/paisaje

Ellos buscan unas conchas vacías donde reposar su menesterosa
/avidez

como buscan los peregrinos el Camino de Santiago
el náufrago, la costa alucinada donde morirá sin duda, para la
/primavera

y el niño, un vértigo, una cascada, la cegadora luz, una feroz
/intensidad

(ah la velocidad de sus visiones incesantes como carpas
/brillantes que se levantan al amanecer)

Una luz, una fe, una esperanza, algo que les devuelva la
/sustancia del paraíso

(como el Limbo de los niños o como el Limbo de los justos)
el fuego irrenunciable de la palabra perdida

Una linde temblorosa donde poder naufragar para que la
/tragedia avive la memoria de la estirpe

Una mirada para las pobres cosas que se abandonarán en el
/camino

y otra para las desoladas piruetas de las galaxias infantiles

Ah mirada que se desplaza ante esos ejércitos como legiones de
/materia indescifrable

como arrecifes de prohibido frenesí, como archipiélagos
/absortos

como *la noche de los pasmosos arlequines*, como payasos con
/cara de bola

Oh tú, Medusa, dame la sabiduría de tus nervios como islas de
/dulce olvido
las pausas líquidas de tu voracidad, los alrededores de tu
/misericordia
para que la mirada pueda traspasar los espejos y los espejos
/devolver un filamento de eternidad
Hilo que se tensa entre el nacimiento y la muerte como puente
/de lujuriosas nubes
como la ventana donde se asoma una quijada descomunal
la enorme cabezota del dios que visitaba a William Blake
y que lo convirtió en un visionario poeta esquizofrénico
y pudo mirar donde después miró Rimbaud (¿desde el légamo?
¿desde las islas salvajes de intolerable resplandor?)

Y el idiota que sigue un hilo de baba nauseabundo (como un
/dios errante de cabellera suicida)
El que orina desde un cielo opulento y en la tierra fecunda los
/animales imposibles

Ah, sí, una cascada de aguas chorreando desde los bulbos de
/una mirada desconocida

Y los crepúsculos sangrientos, las cicatrices al amanecer como
/derruidas esfinges

Los fragmentos, los pedacitos de caos como una lluvia de
/confetis

Y los ojos de arena sudando esa gota de rocío que quiere anegar
/al mar

Martí

Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche: ¿o son una las dos?

José Martí

La patria estaba sola como una sombra, una lámina
como un vampiro cansado o criatura lunar añorando la luz
como una muchacha gótica, una fuente derruida, un sorbito de
/hiel
una mirada que se escurre, una pistola suicida, *un no sé qué
hacer contigo porque no aguardo tu ocaso ni tu lento amanecer*
Ah la patria como una isla sin peso sobre la sien
ráfaga, postrimería, caducidad, una mancha en la pared
*No tengas miedo. Eso pasa. Cierra los ojos. Respírala
Luego bórrala. Mentira. Sopla el viento. Tengo sed*
La patria sin patria, errante, perversa, dura, la fiebre
como el sudor en las sienas que deliran, ávido sexo
caníbal, la luz tan blanca. Al partir. Un desolado interregno
El puentecito de Nietzsche. Toco tus pechos de agua
tus arrecifes sombríos, los restos sobre el mantel
las ruinas de un rostro en ruinas, la opacidad de la fe
Isla, patria, noche oscura. Y la tinta del café
Ay patria, salvaje, ausente, lejana como un placer
dame tus golfos de nada y tus palmas desoladas
tu rostro errante, perdido, el aguacero cerrado
No puedo con tanta sed

Manchas

Ah formas que se entreveran como oraciones, palabras
que no fueron dichas, hojas limpias, letras, nada
pulsaciones en el polvo, caducidades, estancias
irrecorribles, labios solos, susurros de la mirada
Cuantas veces me detengo absorto, desnudo, ausente
frente a la página blanca como ante el mar multiforme
enorme animal perdido como un naufrago anhelante
y escribo manchas, borrones, versiones de lo imposible
oscuros trazos, rasgones, manotazos de la nada
lindezas, pobres palabras como tronos derruidos
como rescoldos de un fuego que ávido se me escapa
Sólo quedan los requiebros, las ilusiones perdidas
las pavesas de la nada. Aunque sepa que allá lejos
o en el fondo brilla intacta la intensidad de una llama

Láminas, espejos, umbrales, ondas de agua

Como demoradas insinuaciones húmedas
como desvaídas escenas de cansada morbosidad
como una lluvia turbia, un espeso sudor
puedes hacer un gesto, cerrar una persiana
como si apagaras estrellas, desconchinaras planetas
pisaras yerbas, insectos, expectantes deseos
como si nacer fuera un accidente, morir
una anhelada posibilidad, y tu rostro
la textura de una piedra, una mancha
en la pared, una turbulencia indescifrable
algo como adivinadas nubes o comarcas
caóticas de belleza sin necesidad

Arenas

mosaicos de imperios, letras como jirones
pedacitos de viento, chispitas, salpicaduras
Todo derrotado y taciturno. Todo exterior
como mar o cielo o paisaje indiferente
boca que se abre voraz o luces rápidas
inconsolables visiones o cabezas olmecas

Amigo, suicida, jardinero feliz
no te comprendo. Sólo quiero tocar
láminas, espejos, umbrales, ondas de agua
canciones estupefactas, los mapas
de la ansiedad, como si fuera un rey tonto
o improvisado payaso. Como si tu cuerpo
fuera la única certidumbre, el camino
extraviado

Y otra vez la eternidad

Ritual oscuro

*La noche en el pensamiento
y en el corazón la tarde*
Juan Clemente Zenea

a Raúl Hernández Novás

La tinta que se expulsa. La luz que se retira
Cierra los ojos: pulpo, amnios, el reino de la medusa
La noche en el corazón... La soledad de la mente
Y el vasto cielo ahíto de estrellas. ¿Dentro de tu sexo?
¿En la caverna legendaria? Algo irrumpe en la luz
Un bulto de grosera materia. Punto, fulguración, estrellas
¿Manchas, borrones? Como excrecencias, olvido
Enciende la lámpara para que no te trague la noche
Ama ese cuerpo que es tu cuerpo, Narciso, ciego
Usurpador, ladrón. La luz te quema.
Te crecerán antenas en la oscuridad
Dando tumbos, vivimos. Tapa ese hueco
Que no se vaya la luz. Que no se vaya
Hace falta otro tacto. Otro principio
Los tentáculos ávidos. Hueco negro, ventosa
Los poros como cráteres, abismos
Las simas de la impiedad. Ritual oscuro
Siempre hay algo que ver. Como lamparitas
llamitas errantes. Oh, pulpo. Ay, ciegos, ciegos!

El segador oscuro

La luz como un bulto que se abre, confín
de estrellitas multicolores, cadencia suave
flotando como nubes de inaudita demencia
El segador, el segador, y una lluvia de mazorcas de oro
Los bulbitos, las pulsaciones que tiemblan
en el agua de tus ojos, charcos
de nebulosas infantiles, o medusas
mentales. El nervio del paladar de Dios
el esplendor invisible. Y tú
animal consternado que suda una pregunta
una flor que se abre
ahíta de intolerable belleza
como un exabrupto, un disco, un polen náufrago, algo así

Palacios, ruinas, otoños

a Gloria María

Palacios, ruinas, otoños donde la nada
sopla tranquila. Una panza y una sopa y una mirada
allá arriba o allá abajo. Tú duermes. En esa mina
flotas o nadas o vuelas. Tu sexo como una sima
Algo te excede. Tú sabes. Te sobrepasa. Tú sientes
el universo en tu mano, la dicha como una miga
de pan. El sufrimiento y lo oscuro y las raíces
y el sueño como un amparo suicida. Y los planetas
absortos como las islas salvajes. Y Dios
y la pregunta incesante. Silencio. Quiero beber en tu mano
Quiero tomar el mendrugo de la belleza. Mentira
Solo en tus ojos, mi amiga. En tu ventana
(*aleph*, tiovivo, carrusel, estrella altiva)
Nirvana del sexo, el deseo, los camellos de la sangre
ay, en tu intemperie, mi amiga

Como un ladrón

Los dromedarios del tiempo, los beduinos de la noche
constelaciones furtivas. Como un ladrón
busco en vano la catedral sumergida. Algo tremendo
en el polvo, en la sombra de la vida. Viajo
me gasto, envejezco como la esfinge. Mendigo
náufrago, errante. Yo te doy lo que me quitas
las mareas del desierto, las pavesas de la vida
las estrellas imposibles, la catedral pensativa

Los tesoros del escriba

Extraño y misterio todo, Jacinta

José Moreno Villa

Extraño y misterio todo, Jacinta: el escribir, sobre todo
Y sobre el lomo, las letras como tatuajes, rencores
como franjas encendidas, torres de fuego, planetas
donde se cuece la vida. Ay, pordiosero, tu mano
de repente se encabrita. Sangre del lodo, el abismo
más profundo de la vida. Estercolero de estrellas
muladar, mejunje. En vano
trazo una elipsis, un arco de imposible belleza. Tu mano
está tan lejos, mi amiga. Y tan lejano
tu cuerpo, la mirada del suicida
Hay un abismo. En el fondo
unas runas invisibles. Yo no sé lo que me quitas
Dame tu mano. Desciendo
como un réprobo. Ay, bosque, fuente
abluciones de las costras de la vida. Sólo ese tacto
mi amiga. Y esas hogueras altivas
letras, palabras, canciones
de una absorta melodía. Ay, que me pesas
me hundes. Ya estoy ciego. En esa criba
yo no sé lo que me quitas. Noche tremenda
Allá arriba, una amarga musiquita
Y en tu mirada, la pasta de los océanos
los meandros de la vida. Ay, dame el sudor
dame el polvo, los tesoros del escriba
para escribir con tu sangre las palabras
sumergidas, las antenas de la noche
las llamitas de otra vida, los pájaros
de la muerte con sus alas suspendidas

Bolas que ruedan

a Lorenzo García Vega

Bolas que ruedan, payasos con globos, niños crueles
Ay, oraciones furtivas, masturbaciones, confetis
Los piratas de la noche
 En esa estepa tan rara
(llueve, llueve)

Y en la inocente saliva, un imposible naufragio

Y los muñecos, las muecas, los terrores nocherniegos
Todo pendiente, futuro. Todo larvario
En el circo de la vida, un simulacro
La carpa como un espejo
(el mago, la noche inmensa y un escenario vacío)

Pero nada como ese golem, ese payaso espantoso
esa cabriola suicida, ese muñeco con bolas

Gladiator

*Cuatro ruedas tiene un coche
con mucha melancolía*

Seboruco

Del gladiador, el cansancio de la muñeca. La arena
gorda, pastosa como su propia saliva. Brilla el hierro
Corta el aire. Testas rotas. Los sesitos de marciano
Salpicaduras de sangre. La muchedumbre votiva
Ojo de tigre. El resplandor. Y el bailarín fulgurante
La vida se escurre a veces con tersa monotonía
No el rugido ni el aplauso ni el dedo abajo o arriba
Sólo el fragor, la ceguera. Tú estás sordo. Y anhelante
hiendes rostros, picas almas, blandes espadas impías
Y al final de todo
sabes

que hay que seguir

No es la cruz

Es la arena deslumbrante
es esa dicha tan rara
que te hace musitar sombrío:

polvo y sombra, arena y viento

La soledad de la sangre

Banquete (De la Belleza)

Platón: ¿Comeremos del púrpura opulento?

Sócrates: No sé

Aristóteles: Todos los experimentos fracasaron

Platón: Con ligeras variaciones al principio

Sócrates: Los caminos eran abrumadoramente diferentes

Aristóteles: Pero el final era el mismo

Platón: Entonces ¿comeremos del púrpura opulento?

Sócrates: Tal vez

Aristóteles: Después de todo, qué más da

Platón: Sólo importa el camino

Sócrates: Desear el principio

Aristóteles: Recordar el final

Nieve

Fuego soy apartado y espada puesta lejos

Cervantes

Lo malo es el torpe monigote, ese trasto sin rostro, esa materia
/absurda
No el árbol ni la roca o la noche o el día. Una forma sin alma,
/una medusa fría
Ay qué rápida es la estancia y qué largo el camino. Tanto sufrir
/y un soplo
Caen las hojas y llueve. Y tengo tanto frío... Tanta belleza
/afuera
Y adentro tanta playa remota, tanto oscuro arrecife, tanto cielo
/sombrio
No quiero ser el niño ni el turbio adolescente. Nunca quiero
/volver
Yo quiero ser la nieve. Yo quiero ser la nieve. Yo quiero ser la
/nieve
Ese rostro sin hijos. Esa errancia incesante. Y el alma
/incandescente
Los amigos perdidos. La sonrisa extraviada. La belleza
/imposible
Quiero viajar oculto como *fuego apartado y espada puesta lejos*
Un atambor remoto, un náufrago anhelante o un simple
/pordiosero
La máscara opulenta, la desdeñosa capa, la mirada vacía
Y al lado la belleza como una intacta flama. Y el escriba,
/doliente

La música imposible

*Aquellos ojos verdes
de mirada serena...*

No quiero entrar al polvo sin conocer la música de esa estancia
/prohibida
Un rayo o una espada. Algo que sople duro. Una inaudita
/pérdida
Nirvana o paraíso o aquellos ojos duros. No quiero entrar al
/polvo
al blanco manicomio, al hondo acantilado, sin conocer la
/sombra
el borde, el timbre, el légamo de la naturaleza. Las formas tan
/hurañas
la fugitiva esencia y la belleza errante que pasó por mi lado. Un
/oscuro planeta
Las letras son misivas absurdas. Yo quiero las candelas que se
/encienden al alba
Y las frías estepas. Extraños archipiélagos. Y las playas
/salvajes. Y tu rostro
y tu rostro como un copo de nieve. Un poquito de agua que
/refresque mis sienes
que deliran. Y aquella luz tan blanca. Y el hijo que no tengo. Y
/siempre el rayo verde
Las telas de la nada. El bestiario imposible. Las criaturas
/cuánticas. No el payaso
El tesoro. El cenit pitagórico. El nadir silencioso. Algo como la
/música
La extraña música. La música inaudible. Y *aquellos ojos verdes*
serenos como un lago. Y aquellos ojos verdes

Caos

Aquí se intenta nada menos que la clasificación de los ingredientes de un caos
Herman Melville, *Moby Dick*

a James Gleick y Mitcheil Feigenbaum

Nieve. Orden. Caos. Las estrellitas perversas
Misterio, censura cósmica, interdicción sagrada
Ah las dendritas lascivas con sus boquitas abiertas
a un vendaval pitagórico. Tú estás en otro planeta
Mas desde allí te conectas con tu desorden al todo
¿La taza se reconstruye en el borde de la mesa?
Hay una mente imposible. ¿No hay piedad?
-Rebobina la película. -Detenla allí
-¿Dónde, Dios mío? -Cualquier lugar
-¿Da lo mismo? -En el principio es mejor
-Otro universo. -¿Qué fiasco? Yo quiero quedarme aquí
junto a tu puerta. Tu rostro, como un presagio
La belleza que gotea las esferas del naufragio
Y en cada esfera estoy yo clamando por un abrazo
Amo tu dulce entropía ¿Otra cruz?
La sonda avanza anhelante por los paisajes helados

El otro, lo otro

a Xoana, la meiga galega

Esas siluetas, esas formas imprudentes son mi voracidad
Oh turbia sed de belleza. Ser lo otro, lo desconocido
El envés y el revés. Como en el final de *Terra nostra*
Quitarse la máscara. Y regresar ¿a dónde?
Campo de girasoles. Van Gogh
La luz entre los vellos. El deseo de lo imposible
Cerca y lejos. Oblomov. *Tú estás en otro planeta*
En el borde, en la despedida suicida
El pezón que se eriza, el clítoris duro
Todas las imágenes perdidas
Ni todo el humo ni toda la sombra bastan
Hanzel y Gretel
Dame tu aliento de nieve
el caminito en el bosque, aquella piedra de molino
Quiero el sabath, el caos de San Miguel de Breamo
El río helado de Pontedeume
El manantial de San Andrés de Teixido
El candelabro de oro en Villa Franca del Bierzo
La música de Chantada
La miseria, la antigua meiga, aquella mano extendida
Dame el Castro de Baroña y el fin del mundo
desolado Finisterre
Pero no esas formas que danzan como medusas
No esos rostros de intolerable belleza
¿El otro cuerpo, mi cuerpo? ¿El otro rostro, mi rostro?
¿No se puede perder lo ya perdido?
Ir más allá. Borrar las huellas
El pozo ciego, nadir
Y en el centro de tu alma, el Minotauro ominoso
Ni migas ni hilo de Ariadna
Ni esas siluetas de sangre, la forastera belleza
como galaxias sin nombre

Y el voraz acantilado
Recordar: tanta pobreza
Tanta piedra
Tanto tesoro perdido, el imposible confín

El otro cuerpo

El otro cuerpo en la noche. Sus ojos como luciérnagas
Las manos como tentáculos. Su sexo como una criba
Ávida forma, bulto errante. Y torpe y feo

Mi amiga

En ese baile anhelante. En esa espesa tiniebla
Una fogata en la playa. Otra candela allá arriba

Del púrpura opulento

Edgar Allan Poe, *El poder de las palabras*

Sí, comeremos del púrpura opulento, ese néctar sombrío
ese alfabeto de algas, como una iniciación tranquila
para esperar el amanecer de las dos lunas
los dos soles fríos como dos ojos imprevisibles
Deimos y Fobos
Y recorreremos las praderas azules
de la demencia para poder sentir sin ver
todos los sucedáneos, los lienzos inacabados
por las paletadas eróticas de una antropología suicida

Ah esas flores lujuriosas...

Dime, ¿ese camino es posible?
¿Se puede viajar sin movimiento?

Fulguraciones
pulsaciones, corazones cósmicos

Entonces, declinemos las invitaciones, los regalos
toda la Historia
como un fardo inservible

Sólo centellas, brasas, pavesas
candelitas de eternidad

Réquiem

Ahora ven, oscura esencia, a mis jardines salvajes
Como una sombra anhelante déjame olerte en la tarde
que no se acaba, en las flores lujuriosas de mi corazón
Nunca en la noche, en la dura tiniebla de mi orfandad

Carpe diem

En tu sexo de espuma, una torre de nieve
No hay consuelo en las cimas nevadas
en tus pechos suicidas, en los rojos desfiladeros
de tus labios en flor, en la avidez oscura de tus ojos
en tu absorto país. Yo fatigo tus formas
como una encrucijada. Como un desfile
de sedientas visiones, como pulsaciones
instantáneas o demoradas insinuaciones
húmedas. Todo es un espejismo, una emboscada
Un simulacro para olvidar la muerte
la inconfesable espera, las siluetas de tu indefensión
amada víctima. Para olvidar la carne putrefacta
los borborigmos del tedio, las esquelas de la orfandad
Entonces, *carpe diem, carpe diem!* Y conocer
los esplendores efímeros de una alterada lucidez
los huecos negros de la demencia. Para olvidar
la pérdida. Para poderte amar, animal lejanísimo
en la extraña comarca de tu extraña bondad

Para volver...

Para volver, para poder mirar de nuevo
esos furiosos amaneceres, esos desgarradores
crepúsculos, esos ojos que secretan
praderas interminables, ay, el cuerpecito llagado
el cielo destartelado, para nacer otra vez

En tu paisaje cerrado, baldío, desamparado
quiero volver a yacer. No tengo prisa
A tu orilla, llegan los restos varados
de los sueños extraviados, del naufrago
la oscura sed. Ah triste corazón manchado
por los placeres sin fe. Dame tu lumbre
escondida y la rugosa semilla (que
*el alma trémula y sola padece
al anochecer*). Dame tu cuerpo marcado
por cicatrices de nieve, la arcilla
de la ceniza y de tu sexo la mies
No tengo prisa. En el légamo
nos volveremos a ver

Incertidumbre

Yo no sé si tú existes, pero existen tus ojos
Yo no sé si la poesía es posible, pero Borges es posible
Tampoco sé si lo imposible existe, pero la muerte
avanza hacia mí, hacia ti como un alba deslumbrante
como un color distinto, un tacto desconocido
como los pensamientos de una absorta medusa
o los deseos que desconozco pero que me involucran
como la luna a la noche, como la sangre a la espada
y como el temblor de mis manos, la mirada indecisa
el nervio de los planetas y de las islas salvajes
y ese viento que avasalla, borra, oscurece
toda esa pobre realidad, esas materias extrañas
esos paisajes indecibles y todo lo que existe
o no existe cuando pienso en ti, animal lejanísimo
animal de la noche y de la luz

Páramos

Ah tela oscura, imposible, profunda selva, una diosa
de la noche. En la tediosa tarde una gota de láudano
y otra gota, la China, como una rota profecía
siento en mi boca un sabor legendario y amargo
como tus ojos y tu sonrisa partida
como un umbral, un sudario, espeso velo y temblando
mi corazón. Pobre tacto, olor lejano. Todo remoto
en mis manos. Todo sombrío. Me aparto
para verte como un lienzo, un poema inacabado
un animal que se escapa hacia el nadir
como un manto de turbio deseo. Nado
hacia ese pozo de dulce tiniebla. Sexo oscuro
oscuro ocaso. Todo remoto, varado
Todo baldío en tus ojos. En tus manos
noche oscura, légamo, íferos, páramos

La soledad de una llama

Atravesar ese espejo como un pasaje de aguas
Entrar en el otro cuerpo como la nieve en la llama
como la risa en el aire, como el alba en la mañana
Ah cuerpo reminiscente, tacto perdido, palabra
errante, imposible, madre de toda esperanza, dame
tu color oscuro, rosa turbia, rosa ávida, estrella
que no claudicas en la orilla de la nada, con tus dientes
de rocío y tu diamante escarlata, sangre impura
que gotea las primulas de una mirada, las ventas
de los deseos oníricos, los pabellones frenéticos
de la desdicha, las aguas buenas y malas, el instinto
de la noche, de la memoria las miasmas, el pudor
de una brisita, y en el pozo de tu sexo, y en tu
materia inflamada, de los planetas el vértigo
la soledad de una llama

Pero no quiero...

Pero no quiero palabras. Quiero manchas
cosas duras, piel oscura, sexo abierto
como una boca caníbal. La piel como una pradera
Las letras de la mirada. Las palabras
de la hoguera. Y la sangre como un pozo
Tus ojos como candelas. Tus manos temblando
ávidas. Y la muerte, centinela. El semen
como una cascada. La eternidad pasajera

Quiero tu cuerpo

Nos reuniremos en la esmeralda

F. G. M.

Quiero tu cuerpo, las torres, los arrecifes, las manchas
la luna que aúlla sola, quiero tu sangre. En la playa
el borde, la sed. Qué errante concupiscencia, qué
insolente orilla, y turbias *ansias de oscuros planetas*
Hay algo opulento, púrpura, lo malvado. Qué avaricia
como un río sumergido, un animal, una llama
La soledad, el vacío, el légamo. Qué místico
lazo, telas, las nieves, remota Islandia. Y tú, imposible
Y tú, animal. Tengo sed. Nos vemos en la esmeralda

El singao día (o yema con fe)

En el pozo de la noche
marihuana y sexo
como buscando qué

Ah todo el singao día sepultado
Aspirar y espirar
lenta morosa (mente)
hacia un tiempo más espeso
las avenidas abiertas
como extrañas ventanas

Ah las avenidas de la mente
como túneles hacia una nueva memoria
precisiones evidencias profecías
signos de un camino más vasto
la otredad de lo mismo
la realidad sin máscaras
sin fronteras visibles
el cuerpo pensante
como esponja o antena
sensaciones cuánticas
los vellos como un bosque
tu sexo como un enorme acantilado
tu piel como desoladas praderas
los poros como cráteres
tú misma un animal desconocido
extraño y misterio todo *Jacinta*
solo pensar o solo sentir
por ejemplo
con la yema de los dedos
(el pensamiento de la yema)
estaciones nuevas

erizamientos
y no oigas música porque te guindas
Beethoven o *Pink Floyd*
cada instrumento cada sonido
un universo
la radiación de fondo
la naturaleza que piensa
The Draco
y las fantasías sin límites
las historias míticas del sexo
dedicarse a un detalle
por ejemplo
lamer la cresta de ese labio
un recodo del clítoris
el borde de ese pezón
cada fiordo sagrado
un solo vello
como un árbol o helecho
como una supercuerda
todo el campo unificado
todas las dimensiones abiertas
lo pequeño en lo grande y viceversa
el cacharro doméstico y la Vía Láctea

Y
sobre todo
borrado el singao día
ese rostro intolerable
(el del tirano)
las ráfagas de sin sentido
sólo placentera laxitud
como medusa o nube
la mente sin cuerpo
el cuerpo sin mente
o ambas cosas a la vez
los mismos sentidos
pero más despiertos
todo en un hilo sin embargo

una velocidad mayor
en un tiempo real más lento
casi torpe
lleno de volutas
el chorrito lento al orinar
un hambre caníbal
cualquier tarea
una derrotada ansiedad
y tu cuerpo como un animal
ah la rugosa realidad
Minotauro tal vez

El placer sin culpa
sin necesidad de perdón
extraña fiesta
que sepulta u olvida la amargura
(paráfraseo a Lezama)

Somos los Reyes
sin súbditos
sin orlas
en pelotas
en un planeta que creamos
con nuestros más lujuriosos deseos
(como intuyó Poe
en *El poder de las palabras*)

Ah todo el singao día
esperando
que llegue la noche
para liar un chino
y levitar
para ver el brillo fosforescente de tus ojos
la sonrisa salvaje y
turbadora
la voz desconocida
como nota de órgano
y resoplar

mientras nadamos
en ese pozo
en ese légamo
un ardor y otro ardor
que anhelan ser uno solo
como al final de *Terra nostra*
en el mar de *Solaris*
lejos del singao día

yema con fe

La Habana, 22 de enero 2001

Ruinas

a Lorenzo García Vega

Las hogueras de Itaca, oh pordiosero
José Lezama Lima, *Dador*

Las calles húmedas del *town*, la luz blanca, el sudor ominoso
los rostros achinados, la intemperie de esos ojos al filo
de un paraíso perdido. Las ruinas humeantes
Las ruinas de esos rostros, los rostros de esas ruinas
como un retablo suicida para unos dioses desconocidos
Todo feo y roto y sucio. Vaharadas de un polvo inmemorial
No la nieve sino la pastosa sensación del polvo y el sudor
Los autos destartalados. Los cuerpos esbeltos pero monstruosos
de las muchachas en flor. Los guerreros vencidos
por una dicha inalcanzable. Y el mar...

Ah el mar
que restaña las heridas, que alienta la imaginación
El mar como un dragón tranquilo. El verdadero Dios
el Hurakán, que pide otro cuerpo, otro suicida feliz
otro paquete de sangre, otra materia, otro barro
y otro más

Ah dios del Destartalo, del Rebumbio

¡Lorenzo!

Imposible... No puedo mirar más

Del escriba doliente

*Y en tan despierto tránsito lo feo
se irá tornando en rostro del Amado*

José Lezama Lima

Y el escriba doliente aterido de frío sale a mirar las calles
los paisajes absortos de la belleza, las babas de la realidad
como un absurdo malhechor, como un testigo oscuro
como si el mundo fuera una hoja de una novela imposible
Él, el torpe, el distraído catador de rostros, el marginal
que no podía comprender tanta silueta amarga o deslumbrante
tanta forma imprecisa o demasiado enfática, tanta ilusión, en fin
la yerba húmeda le parecía más real, menos efímera
que ese perverso prójimo, ese monigote con alas
que esa bella muchacha con neuronas de estopa
aquel tipo con frac que maullaba en la calle
aquella inconcebible gorda que arrastraba un carrito
el viejo que orinaba contra su propio ombligo
incluso este curioso orate con cara de escribano
(¡ah, *el doctor feliz, el camionero de la alegría!*)
para no hablar de otras presencias por supuesto sagradas
y que son el paroxismo, el éxtasis del Estado Nacional

Alguna tela, una lámpara

Ya no basta la vida. Hay que viajar

Raúl Hernández Novás

Para el viaje alguna tela, una lámpara, los ojos finalmente
/cerrados
antes del salto a un territorio ¿desconocido? Ciertamente el sol
/y la luna
¿son los mismos? Tú, ¿eres el mismo? Ah, sensaciones cuánticas
No estás vivo ni muerto sino vivo y muerto. Entonces, sí
qué miseria el acto de recordar, mi buen Virgilio. Qué imposible
el futuro. Mírate: un sin fin de irisaciones, ondas de luz
como rapidísimos espejos pulsantes. Pero ¿y este rostro maldito?
¿Y aquella forma imprevista? Ah, qué demoradas insinuaciones
húmedas, qué tacto infinito sobre esos toscos espejismos
que te hacen dudar, que quieren retenerte aquí y ahora. *No te*
/acerques
a las ventanas. Enciende esa lámpara. Tápate la cara con
/esa tela
Y abrumado por sensaciones fugitivas miras fijamente al sol
Dejas que la luna irise tus mareas remotas. Te anegas en ese
/magma
en ese caos, en esos ojos como si pudieras olvidar, como si

Porque nada te seduce tanto como esa belleza menesterosa
esos fantasmas en la noche de trasluz, amada víctima
No vuelvas el rostro. Sólo la espalda. No hay regreso
Ni despedida. Sólo ráfagas, escalofríos, nubes, alguna gota de
/rocío

Qué cuerpos, qué romas, qué paredes, qué túnicas, Dios mío

Poesía cubana (o cajitas de nieve)

a Ramón Fernández Larrea

En las interminables antologías de mi generación
he visto gotear un país imposible como una gota de láudano
He fatigado esas cajitas (he cometido algunas)
como el hijo que quiere abrir una ventana
penetrar en un sexo como en una playa donde se desclavará una
/cruz

Sí, y me emborracho con tantas palabritas
para ver si vomito un paisaje con nieve o una isla con alas
porque quiero abrir una franja en el cielo para poder escapar
pero tropiezo con tanta sucesión de cajitas babélicas
que me digo: *Este es mi paisaje con cajitas de nieve*
Y me pongo cianótico como una nueva especie de animal
/presocrático

y recuerdo a Casal

Entonces amontono cajita tras cajita
me construyo una barra gigante como el mundo
y me pongo a llorar

Agujeros negros

En mi país sin Reyes hay un boquete enorme
por donde salen como en un disparadero tantas almas en pena
que mi país se parece a un rompecabezas
al que un niño muy cruel le comiera sus fichas
sus cartoncitos de azúcar, con malvada avidez

Sí, allí falta un pedazo de cielo
Aquel puente no termina nunca
Esa muchacha se inclina hacia una mancha indescifrable
Esta tronera se parece a Ramón
Aquella sombra sin cuerpo ¿será la del suicida?
Y esa silueta ¿es la Voz de Cristal o el Caballero de París?

Cuidado, Jorge Luis, con esos desfiladeros imprevisibles
esos desgarrones de pesadilla, esos apagones fulminantes
Aprende a convivir con esas grietas. Son también tu país.

Vienen las depredaciones

a Antonio José Ponte

Vienen, vienen las depredaciones, como un color inaudito como un imperio que se hunde, como la saliva de lo real como un cansancio metafísico. Ah, qué lento el arco que se tiende hacia esa ventana donde Alfonso Cortés asoma su cabeza maltrecha y te mira con unos ojos turbios, aniñados También Darío ocupará esos aposentos. Y los fantasmas reclamarán ese espacio sagrado. Como un coro de niños Como los payasos del alma. Niños crueles. Ahora es el tiempo de las postrimerías. *Tiempos de desprecio...* Tiempos para las futuras conversiones, para que el escriba avive las ascuas de la orfandad, una estrellita, una chispa una materia dura para la alquimia del alma. Dime, tú, agonista dónde habrá que retirarse ante el avance de ese bosque ensangrentado y altivo, a qué cavernita, qué catacumba que insula ¿para volver a nacer? Dime, tú inconcebible adolescente agónico. Tengo un panal un perro y un paisaje de nieve. Tengo un crepúsculo interminable y los muslos de una muchacha y el gesto del anciano y un calendario azteca esquizofrénico. Tengo más *Tengo un amigo*, una comarca lejana y un fantasma suicida y una furiosa avenida o una calle de Bagdad Algo duro, imposible te mira fijamente y crece como un universo deslumbrante, el imperio de laca los enanitos torpes, las promesas herméticas. Y leo: *Acorralad, tropezad, cabritos; al fin, empezad chirimías, quedan solos Dios y el hombre. Tremenda sequía, resolana: voy hacia mi perdón* Y el escriba doliente en la lámina tersa, el pincel como un ave (el Infierno y la China): ¿voy hacia mi perdón?

19 de febrero, 2003

Islas, lluvias, charcos, golfos de aguas

a Maggie Mateo, a Luis Lorente y Charo

*Que llueva, que llueva
la Virgen de la Cueva*

Isla es la estancia donde siempre llueve
La lluvia sobre el lago, el río del espejo
el rostro como un lago donde el tiempo se borra

Burbujas, planetas de transparencia efímera
y los ojos de un niño mirando caer la lluvia en el patio del
/colegio

(porque, como dijera el ciego lúcido:
la lluvia es una cosa que sin duda sucede en el pasado)

La lluvia caía a chorros en las montañas de Baracoa
Tuvimos que refugiarnos en un bohío abandonado
Era el paisaje de Martí
Y la otra lluvia
nos empapaba el alma
(como en los filmes de Tarkovski)
como una isla de perdón
Sí, una isla para las conversiones imaginarias

Llueve sobre la isla
antiguamente, llueve

Como la sal del mar, como las lágrimas
Las flores en el mar por el hijo muerto
El hijo que no regresará
Y aquí me tienes frente al mar, llorando

La lluvia de Alamar en la noche increíble
la noche de las bodas, el semen como lágrimas

Yo era un joven que cerraba los ojos y nadaba hacia el borde
el confín, el universo amniótico

La mar dulce, Granada
y Darío en Mallorca

Pero en las montañas de Baracoa la lluvia caía a chorros
(*cajas de agua*, diría Lezama,)

Muy cerca, en Playitas de Cajobabo
como fronteras de aguas
piedras chinas, pelonas

como lavadas por toda la sal del mar
el sufrimiento del animal oscuro
y más allá el paisaje estéril, desértico

y un fantasma amparándonos
figuras de sueño en un espejo

lago, cielo, luna, rostro

(*lo sereno es el lago*)

donde los ojos son dos bulbos de agua

medusas, criaturas imposibles

donde se cuece, María, el terror originario

islas, claros de bosque

charcos de inaudita demencia

légamo, abismos

y el aguacero cerrado

las nubes, las otras islas

los otros mediterráneos

islas griegas, isletas del gran lago

ínsulas extrañas, hermosas

Utopía, Atlántida, Itaca

(ah, remota isla de Islandia)

Tarsis, Japones

y las estrellas remotas

como tus ojos fosforescentes

y ávidos en el mar de Alamar

como las figuras de sueño, luz

humo azul del tabaco

ondas de agua

ah, las figuras danzantes en el fondo del lago
como animales de sueño irremplazable
y una canción que dice:

Sólo el mar es tu casa

Islas, lluvias, charcos, golfos de aguas

Las bestias silenciosas saliendo de las aguas

No se puede tocar

No se puede tocar. No se puede tocar
No se puede perder lo ya perdido
Se viaja con la imaginación. Se viaja
con las vísceras extáticas, con las entrañas
desgarradas, colgados de nuestro propio
intestino. Imágenes, deseos, visiones
como efluvios de una materia inflamada
El ojo se precipita hacia lo otro
El cíclope mira fija, desesperadamente
Anegarse en lo otro. Qué extraño amar
Qué extraño viajar. Qué extraño nacer
para morir ¿Para volver a empezar?
Como las velas que invocaba Cavafis:
unas se encienden, otras se apagan
Quiero viajar hacia ti, animal desconocido
Hacia lo que quedó en ti de mí, en mí de ti
Hacia los restos, las cenizas de una hoguera
Hacia el légamo oscuro, hacia el principio
Regresar a la encrucijada atroz
La espalda del viajero. Lomo de bestia
o dios o de oscuro planeta. Allí
en ese punto donde perdí el rumbo
Pero no hay migas. Los caminos
se han borrado. No se puede desandar
No se puede volver. No se puede tocar
lo ya perdido. Las letras ya no significan
Las palabras son islas a la deriva
Somos los expulsados, los peregrinos
Solo queda el hastío, la mirada errante
El carpintero busca al hijo entre las olas
Y yo te busco a ti para encontrarme
Éxodo, páramos. No puedo sufrir más

Cicatriz

*Miguel, tú te escondiste
una noche de agosto, al alborear*

C. Vallejo

Es como un mapa. Mira esa franja
entre las olas. Es una cicatriz
Un pedazo de carne. Una isla
Un frenesí. Aquí nacimos
¿Para viajar hasta morir?

Animal

Aquí te perdí una tarde
Aquí te encontré de nuevo
En el borde. En la orilla
En el turbio confín

Los hiperbóreos (o de los animales sagrados)

1

Nosotros, los hombres sin patria
Nietzsche, *La ciencia jovial*

Viajaban a parajes remotos para ver los atardeceres
se prosternaban frente a un mar extraño
querían tocar la nieve
comer los alimentos terrestres
y sentir el aire que desplazan sus cuerpos
como presencias clandestinas y errantes

Eran como la resaca
como la orilla de la noche
como oscuros jinetes en el desierto
como animales en extinción

Con sus ojos de náufragos
habían emprendido un viaje hacia las ruinas
hacia el paisaje helado

Eran los hiperbóreos
los que habían abandonado las ínsulas
extraños sobrevivientes de una Atlántida sumergida
y miraban al mundo como a una carroza suicida
porque habían perdido tantas cosas
que sólo podían percibir el brillo hiriente de lo real

Y cantaban

la opulencia es obscena
la pobreza un naufragio sin plenitud
la belleza
el pecado sin culpa eterna pena

Eran los hiperbóreos
los animales sagrados
los que añoraban una patria desconocida
los que lo habían perdido todo
menos el aliento del légamo
la nostalgia o profecía de la casa de la medusa
el reino de las criaturas informes no estrenadas a la luz

Eran los que traían
la noche lunar
la yerba que tiembla en el fondo del lago
el rumor de las olas contra el arrecife ensangrentado
los que esperaban que la luz se mezclara con sus cuerpos oscuros
como la arena mojada
como la linde temblorosa de un nuevo nacimiento
como la resaca
como la orilla de la noche

Diapasón

Porque

*se puede perder todo menos la nostalgia del reino
(es el rastro de los reyes en la arena lo que hemos perdido)*

La diáspora de la carne

Sacro adiós

Y ahora vienes tú
encapotado monigote errante
con esa danza de falsa tiniebla
con esa estéril procesión de cautivos placeres
a lamerme las llagas de la indefensión con tu lengua suicida
para arrancarme del Viaje
y ponerme la máscara hermética
para apagar la última llama
la profecía de la esmeralda
rayo verde o animal desconocido
y oponer océanos o desiertos inacabables
frente a mi barca frágil y muda
esa barca de los locos que acaso no sabré navegar
hasta el delirio de Pyn
la inmensa figura blanca
(¡Tekeli-lí!)
linde borde confín
donde me pierdo...

*Hay también un logos del Manzanares: esta humildísima ribera,
esta líquida ironía que lame los cimientos de nuestra urbe,
lleva, sin duda, entre sus pocas gotas de agua
alguna gota de espiritualidad*

Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*

Detrás de los altos cipreses del cementerio de San Isidro
se despeñan los crepúsculos cada atardecer
No sé qué relación pueda haber entre *el logos del Manzanares*
y esas muertes aurorales
Aquí sólo siento el viento helado en mis mejillas
mi rostro en el espejo como un fantasma
las lianas asomando por entre las cicatrices de mi piel
un mundo submarino o terrígeno ancestral
como los tatuajes de la sobrevida
la otra naturaleza desconocida
donde llueve inconsolablemente
y no puedo encender mi velita errante
Sólo esos recurrentes crepúsculos me sobrecogen
con un alfabeto ígneo que no puedo descifrar
Es un espacio gnóstico ¿qué duda cabe?
Un alto en medio del gran viaje
esa mirada radiante descomunal
como la fragua de Ogún o Hefestos
como el manto verde de Orula
Porque no aparece el verde como en el malecón de La Habana
o en la playa de Varadero
Ni lontananza ni transparencia ni rocío
Sólo el viento helado contra la cara
como una espalda desdeñosa y soberbia
una cortina púrpura que se cierra
el cofre que no puedo abrir
el puentecito roto
la barca que se astilló

Sólo la arena húmeda

la sal de todos los desiertos
el océano de todas las lágrimas
qué sé yo

Algo roto, destartalado
un caminito ciego
y el bosque helado, enorme
como una culpa
dioses oscuros de cabelleras suicidas
y miradas cetrinas
horadando la mente
buscando el pedacito suave
el niño que fue
para hincar la uña
el filo de la nada
el disco púrpura
abisal

los caballeros sombríos

alánimo, alánimo la fuente se rompió

Per me si va nella città dolente
 Dante, *Inferno*, III

Porque hemos perdido tantas cosas
 incluso el sitio de la expulsión
 la ciudad doliente

El viento contra el rostro
 el rostro como un velamen lejanísimo
 somos los hiperbóreos
 los gitanos de las playas vacías
 los beduinos de la noche
 los payasos del alba
 los usureros del frío

Habría que escribir el verso sagrado:

Las hogueras de Itaca, oh pordiosero

Pero no he apagado el último cigarrillo en el barrio chino
 y tengo que regresar con el poeta Luis Lorente
 a hacer la ronda de Zequeira
 Una noche me despierto
 y estoy en el bohío abandonado en la carretera infernal
 Es La Farola, es la Serpiente, es el *Diario* de Martí
 Viene Charo y me tiende una taza de café calentado al carbón
 Afuera es el diluvio
 que apaga los cigarrillos
 Un trago de ron es la eternidad

Pero entonces ya me perseguía el imposible
 los rostros de la caducidad
 el país que me cambiaron dentro de una capa de mago
 como cuando me perdieron los juguetes
 me profanaron el jardín

Sólo la noche y el mar y ese disco lunar
brillaban como un delirio extático
un alfabeto hermético
las piedras de la indefensión
los caracoles perdidos

Algo viscoso como una carcajada
un ídolo parlante de una tribu remota
ocupaba el espacio de toda iniciación

Inútil preguntar
cuando el bulto asoma por la ventana sombría
la cabezota helada
y te mira con los ojos vidriosos
y te dice
rompiendo el silencio con una carcajada:

*tú eres poeta, tú eres cubano, tú eres delicado, como
/nosotros somos groseros, y
tenemos para ti el manotazo de plomo*

E caddi come corpo morto cade

Madrid, 20, 21 de diciembre, 2004

Lo sombrío

a Raquel Mendieta

Lo sombrío era el polvo, los pasillos oscuros, los restos turbios
/de humedad
El poeta que aguardaba la muerte en el castillo ensangrentado
Lo sombrío eran tus cuencas vacías, las manos demasiado frágiles,
/el sexo inútil bajo los árboles, el cadáver desenterrado de Martí
Lo sombrío fue siempre la realidad a secas, sin calificativos
La ventana abierta y ávida, el pistoletazo en la sien, el punzón
/gótico y fino, la estampida en un parque de San Francisco
Ah, mi amiga, lo sombrío era el proyecto, la utopía impuesta, el
/futuro ya devastado
Eramos los jardineros de un camino esquizofrénico
La glorieta llena de hojas secas, la fuente derruida, los árboles
/silenciosos, la iglesia en ruinas frente al parque de mi infancia en
El Vedado
Y lo sombrío era ese sol blanco, esa luz despiadada, la
/intemperie que se podía tocar
Y las costas, los dientes de perro, los charcos de espuma cuajada,
/la nata ominosa de la realidad
Era el borde, la orilla, el confín, la linde desierta y salvaje en la
/isla de las antípodas
De noche, en la alta noche, buscaba un consuelo, un alivio a la
/indefensión
Sobre la piel de ese animal oscuro prolongaba ese interregno,
/esa pausa, ese sueño inaudito
Como un malhechor, un pirata de la noche, una mente canibal
/me apropiaba del mundo con mi imaginación
Eramos los parias de la utopía, los vecinos del esplendor, las
/criaturas de las ruinas perversas los centinelas del frío, los paya-
sos frenéticos, la resaca lunar
Sí, lo sombrío era eso, las sombras chinescas sobre la tela
/demente
¿Y los dilatados blancos en las comisuras de la avidez, los
/discos de la melancolía, los zurcidos remotos?

Figuraciones en el polvo, espejismos, escribí alguna vez
Todas las musarañas, los confetis, las lianas, los cachivaches
/infantiles
Todo girando en el tiovivo enorme, en la noria deslumbrante, en
/la rueca apócrifa del laberinto insular

Pero...

Tú estás en otro planeta, amiga mía

Isla doliente

El dibujo, la línea, el contorno
los tatuajes, los ríos, las marcas
los bordes, las lianas de la indefensión
las inscripciones contra el cielo blanco
cicatrices, umbrales, horizonte oscuro
rayo verde es el éxtasis
ah, las orillas que borran la isla
que lamen la fuga –tu cuerpo, la nube, el animal
latidos de arena, puntos obscenos
todo el resto es espejo, agua en el agua
quiero tu cuerpo dormido en las aguas del sueño
fuente que mana hacia dentro, chorro desconocido
lo que me borra a mí, tú estás en otro planeta
otro universo sombrío –la jauría en el bosque incendiado
los hilos de baba cósmica, discos de luna, muslos veloces
la cabellera salvaje, los canes de inaudita demencia
tras la isla maldita –isla doliente
los caminitos ciegos, hilo de Ariadna, migas de noche
en el bosque sombrío, dientes de perro, arrecifes
los desfiladeros ensangrentados, Boccaccio
todo bosque es el Dante, las noches pánicas
tu ensimismado clítoris, el dios oscuro, el animal
la escritura perversa contra la noche blanca

Noches (cubanas)

En el tronco del árbol una niña

Tú solo con la resaca del remordimiento el pasado incestuoso lo
/que no pudiste evitar

Toda la promiscuidad como una muchedumbre solitaria

Tú solo con los ojos atribulados de tanto mirar la nada la cara
/de tu prójimo la sopa de la creación

(La muchacha de senos perversos la Vía Láctea el ajedrez remoto)

Para huir siempre del próximo asesino

Como el pintor chino

Como el pintor chino a la sombra de un árbol el animal respira

El animal absorto que no sabe qué hacer con el silencio su

/invisible heredad

Puedes mirar las hojas de ese árbol como el primer día en la

/luna célibe

Toda la misericordia para las criaturas blancas los cráteres de la

/piedad

Y las comarcas espléndidas los muslos que chisporrotean el

/banquete caníbal

Tú solo con Dios en la vulva inconsolable durmiendo con tus

/perras sagradas

Como si fueras un rey vencido un Chaplin lacónico un payaso

/pitagórico

Y el pobre cubierto de rocío los poetas suicidas el beduino

/silente

Pero en el páramo de tu sexo la niebla avanza como un bosque

/que camina

Ah las babosas herméticas del sueño las lianas de tu indefensión

Sentado frente al mar el rayo verde la combustión eterna *big*

/bang

Como Narciso bestia el iris de tus ojos lienzo errante y fugitivo

Oscuro malhechor de extraviado clítoris o ámbar imposible

La materia que anhela regresar al paraíso líquido al alba
/cómica fosforescente y ávida
Como el bonzo demente tonto de la colina o Caballero de París
Y la ronda de Zequeira y el fantasma y el naufrago (¡Lezama!)
/y el esqueleto de Martí

Las muchachas perversas no tienen frío

Las muchachas perversas no tienen frío
Y pasan como animales salvajes al borde de tu deseo
Como andromurias eróticas avasalladores palíndromos
Pero tú eres una ruina súbita un fantasma remoto un planeta
/intocado
Son las medusas oníricas los centinelas de la noche helada la
/pesadilla de Dios
El exilio también es eso
Un anciano caníbal que pasea a sus perras y mira de soslayo la
/belleza que pasa
Como un adiós

Las formas

Las formas como paletadas eróticas
fragantes, hurañas o hirientes, muchas romas
Qué misterios pulsantes
o carcajadas de gárgolas submarinas
El universo es obsceno en su avasalladora belleza
Rostros, vulvas, planetas, erizadas preguntas
o manotazos infantiles

Los ojos de mis perras...

Sí, amigo Cioran, las frivolidades si no se dicen con el

/corazón...

¿Qué hacer con esta sopa?

¿Dónde encontrar sentido?

Lo radiante me hierde como la más arrebatadora música

Hace daño esa belleza que pasa

Ah, que tú escapes... como un ¿a Dios?

El fantasma en el Limbo

Las reliquias del fin

Como la musaraña

Como los dominios de la ceniza
el animal que respira tranquilo en la comarca lunar
los aposentos de la noche, la cabellera de la medusa
esa piel como las dunas, ese aliento como el ruido primordial
los jardines de la demencia, los arrabales del frío
y el ámbar de tu sexo, la babosa ensimismada
los planetas absortos a su alrededor

Estoy nadando hacia la playa vacía
en la intemperie helada, como la musaraña
latidos, vibraciones, resonancias, ondas de agua
el escalofrío, las pulsaciones del sueño
como la otra avidez, el reverso furioso

Déjame tocar, déjame sentir, déjame mirar
atravesar ese espejo que tiembla como un camino
el viaje como un abrazo, como una boca caníbal
el animal, como un camino suicida, el animal

Noche de Reyes

Entras en los bares neblinosos donde ya no te reconocen
Sentado como un fantasma melancólico eludes los licores fuertes
Afuera están el frío y las muchachas para las que te has vuelto
/invisible
Tenías que venir a España para ponerte tu sombrero de Zequeira
Y hacer la ronda como un marinero chino perdido en un jardín
/francés
Viniste huyendo del calor y la humedad y de un tiranuelo enfático
Viniste huyendo de tanto rostro cansado y del hastío de Casal
No te importaba la jungla tropical ni la línea del horizonte
Sólo la orilla que alucinaba a Gorostiza
La luz de la luna sobre la playa vacía
Eras el equilibrista de la orilla buscando caracoles salvajes (¡las
/joyas de la corona!)
La belleza natural y la imprevisible mística de las estrellitas de
/Van Gogh
Querías el frío y la nieve y todo lo que negara el vaho de los
/cañaverales absortos
Pero olvidaste el chaquetón enorme y los guantes que nunca te
/regalaron
El tono diferente de una frase te hiere como un arpón a una
/ballena dormida
Querías perderte en un rostro como se pierden las estaciones y
/los imperios
Aquella tarde bajo los mangos conversabas con los dos suicidas
/por armas de fuego
Tú solo con las dos sombras en tu jardín esquizofrénico
Tenían que sentir los murmullos de los gatos enterrados
Los gatos que naufragaban en tu patio antes de poder abrir los
/ojos a la luz
Y el eco de los caracoles que anhelaban regresar al mar
Pero llegaste con los pulmones llenos de una baba sombría

Pero llegaste como un réprobo al castillo que no reconoce tu
/niñez
Lo sombrío, lo sombrío, todo el mundo veía en tus ojos lo
/sombrio
Por eso reposaba sobre la mesita de tu infancia *La Divina*
/Comedia
El niño se comía las imágenes eróticas de Gustavo Doré
Esas sombras dolientes te avasallaron
Ahora solo copulas con esas sombras en una noche pánica
(La noche de las noches, imposible, secreta)
Y te sientas en la barra de un bar y eludes los licores fuertes

Soria

a Carlos Álvarez y a Joaquín Verdú de Gregorio

a Andrei Rubliov, *in memoriam*

Y en ese momento la visión cesó

Epitafio de Abraham Satabi

Monasterio de San Juan, Soria

Y en ese momento la visión cesó

Pero quedó el camino agreste por las riberas del Duero
Las orillas del alma y las hojas secas de un otoño casi dorado
El susurro en las frondas (*la música callada la soledad sonora*)
Entre las encinas cifradas y el resplandor en el agua
Las marcas de los amores antiguos como rescoldos de pasiones
/intactas
El sexo de la naturaleza como las letras de la pasión de Dios
El cadáver de Leonor como un amor resurrecto en el esplendor
/del paisaje

Paisaje gnóstico entre Moncayo y Urbión

La sentencia es una forma de soberanía diría el etrusco de La
/Habana Vieja

El valle del resplandor salvaje
La sentencia, Leonor, los ojos de tu piel y el silencio sagrado
El alfabeto cósmico que enamoró al árabe y al santo cristiano
Y el amor clandestino en el umbral *cubierto de rocío*
Y toda la visión tapada por un manto de nieve

Un viento frío soplaba contra el rostro sobre los puentecitos de
/reconciliación imposible
El rostro de los tres monjes ensimismados y errantes
Cada cual con su infierno agazapado en sus corazones encendidos
Cada cual con su castillo inexpugnable y su comarca lejana
Náufragos de sí mismos buscando el roquedal de San Saturio

El templo del amor en medio de la roca seca y hermética

Pero todavía se escuchan las voces de La República:

Cantamos La Internacional en el patio del penal, recordaba

/Carlos, el santo laico

Recemos un Padre Nuestro frente a la tumba de Leonor, me

/convidó Chimo

La oración atraviesa las mismísimas esferas, diría la sibila de

/Málaga

Y toda la poesía de Antonio Machado en el resplandor del

/paisaje

Exilio, éxodo, diáspora

Amén

16 de noviembre, 2007

Prolongado soneto

En el poniente púrpura de una tarde remota
el cielo tiene un rostro de ensangrentada entraña.
Un alfabeto antiguo nos dice que la noche
se anuncia en el ocaso, se despeña en el alba.
Mi mirada salvaje se mira en ese espejo
como se abismó Narciso en las aguas extrañas.
La noche es el hiato, la inconfesable pausa
entre dos cataclismos o entre dos esperanzas.
La rueda gira y gira con fatal engranaje
de la muerte a la vida, de la vida a la muerte.
(El sueño de la noche como una pesadilla
y la vigilia onírica con su extraño paisaje.)
Amo el ocaso pánico y su Noche de Reyes,
la muerte que se hiela, la vida que se enciende.
Pero yo en ese abismo y horizonte doliente
me enfrió con la aurora, me inflamo con su muerte.

Antes que el tiempo acabe

Para Silvina Bengió

Antes que el tiempo acabe

Pablo García Baena

Antes que el tiempo acabe, antes que tu fulgor desaparezca: el brillo hiriente y hermoso, la salvaje alegría, el pecho herido por un dulce o amargo desasosiego... Antes que tu color de espiga dorada ya no alumbré mis ojos, y tus ojos marinos no esplendan como una música lejana, quiero inundarme con tu olor, tu sabor, para acaso recuperarlos en una magdalena futura... Ardor, fuego secreto, eres mi provincia romana, la imagen decadente y hermosa, las ruinas de mi percepción. Eres el fantasma que invoqué, la juventud perdida... Sí, "sólo los dioses pueden prometer porque son inmortales", dice Borges..., pero los dioses, los dioses delicados de miradas cetrinas, pueden otorgar como un espejismo de belleza inmarcesible, pueden hundir la espada última en el enajenado corazón. Ah, "Francisca Sánchez, acompañamé". Sí, me has abierto, de nuevo, las puertas de la percepción. Vuelvo a amar la comarca que creía perdida. (Ah, mi Noche de Reyes, mi secreto). Siento las ráfagas de la demencia, la lucidez vulnerable y sobrepasadora, el pecho desamparado y en el alma un no sé qué... Un antiguo animal, el poeta. Un extraño animal. Dios mío, qué has hecho. Delirio, entusiasmo, furor, ardor sagrados. Bosque. Bosque imposible. Deliciosa corrupción. Enfermedad.

noviembre, 2008

Umbral

A Silvina Bengi6

*Aquellos ojos verdes
de mirada serena*

Como un 6ngel de azur apareciste
cuando no te esperaba. Tenías
una decorosa timidez
como una rosa turbia o un dudoso
amanecer. Temblabas como tiemblan
las yerbas en el fondo del lago
Ojos verdes y furioso oro
en un paisaje nevado. Negro
vell6n, tupido bosque que preserva
el 6mbar de tus p6talos can6bales
Una sonrisa como la cresta de una ola
y acaso el cuerpo de la cierva blanca
que soñ6 Borges una extraña mañana
Ilusorio conf6n donde me pierdo
como se pierden las estaciones
y los imperios, como el agua en el agua
como el sueño en el sueño
Amazona fluvial, desolada marina
enredadera de l6quenes, medusa
de dendritas pensantes. Ah
submarina pasi6n, Orula ciega
rayo verde al trasluz arborescente
antiguo helecho de ventosas p6nicas
o un bosque del otoño de Vermont
Como un castillo vegetal, una comarca
h6meda, en ti me anego como un n6ufrago
que nada lentamente hacia el umbral.

4 de diciembre, 2008

Dalia Negra

Los edificios más altos de la realidad

La extraña sensación de estar debajo del cielo

Érase una vez una furcia perdida en un callejón de símbolos

Una furcia expulsada del palacio de los significados

Los notorios, los esplendentes, los ejecutivos hombres de

/negocios

Una furcia que anhelaba ser varón

Porque hubo una vez un caballero que quiso ser una furcia

Y todo por una limosna de las autopistas del cielo

Un trozo del paraíso o un pedazo del jardín de los alimentos

/terrestres

O una vislumbre por la ventanuca de Alfonso Cortés

(simulacros, triángulos, rododendros, palíndromos)

Antes de ponerse la gabardina de Al Capone

Mucho antes de mamarle la pinga a Dios

Como si pudiera haber otro amanecer en Cajobabo

Donde se pasea el fantasma que desasosegó al poeta Luis Lorente

Porque la realidad se encharca como una boca cortada

Y es inaudita o casi imposible y turbia y tal vez fea

Mejor regresar al jardín a jugar con Sidonia y Rosamunda

Y todo por un atisbo, un atajo, una miradita de más...

¡Te jodiste y te rompieron como una puerca, Humpty Dumpty!

Te fuiste por el caminito viejo, por el pasillo del haragán!

Leyendo a Sor Juana

-Nada.

-No se ve ni un cuerno.

-Está sano.

(“Mucosa sana. Movilidad conservada. Sin lesiones”, enfatizó el informe.)

Aíslo, del soneto de Quevedo, la palabra *médula*. Pienso: también me gusta medula. Leo a John Donne buscando esas palabras rudas, materiales, espaciales, como comarca, provincia, golfo... Cuando escuché el veredicto (“Nada”): ingravidez, turbación. En vez de júbilo pueril, sensación densa, pastosa realidad. Como pausa dentro del movimiento. Como un lento. Luz y sombra. Claroscuro barroco. Ambigüedad. E iniciación: lo imprevisible (o la imaginación, que es lo mismo que la memoria o la rememoración creadoras) reclama y preserva la sorpresa: “gamo en el cielo, rocío, llamarada”. Pero no se me escapa que todo ritual es una preparación para la muerte, el penúltimo tránsito. “Una oscura pradera me convida” regresa como inalcanzable melodía. Ah, “médulas que han gloriosamente ardido”. ¿Esa “rugosa realidad” que dijera Rimbaud? Bebo cerveza como ámbar. Humor dorado. ¿Color de médula futura? Porque detrás de la nada, siento el latido de lo invisible, de lo rugoso intocable y tangible, el latido del tumor ausente. Sabor antiguo a víscera, carne humana, clítoris, glándula, médula. ¿Alma con sabor a carne? Lo daimónico es eso: lo no escueto literal, lo no ausente ingravido, sino lo tocable intocable: *medula*. El latido de la ausencia, de lo invisible, de lo lejano, de lo perdido ¿no duele como muela, médula, glándula, tendón, cartílago, nudo, músculo, chorro de plenitud de materia facinerosa? Cáncer. Caníbal de lo invisible. Fantasma (Sor Juana escribe “estantigua”) de lo visible. Como Zequeira. Anfibio. Olvidado origen ambiguo. Antiguo reverso. Lorenzo legendario, protoplasmático (dios).

Córdoba, 2 de octubre, 2013

Del viaje

Huir hacia el acontecer clandestino (*la mirada fantasma, el*
/paisaje invisible)

Los bordes del deseo como crestas de nubes

El tacto como una fiesta (*perdida*) al lado de la noche opulenta

Las irisaciones del tedio, las virtutas del ocio

Rumiar la palabra *hastío*, la palabra *desdén*, la palabra
/repugnancia

Decir *lento*, *Casal*, *somormujo*, *caída dentro del agua*

No hay un adentro sino un afuera minucioso y ambiguo

El ánimo como una sucesión de máscaras (*suicidas*)

Y tu rostro (*perplejo e imposible*) ¿como imagen líquida del fin?

Las líneas de tus labios desdibujándose contra mis (*derrotados*)
/labios

No puedo besar esa carne fría, muerta y viva, como el Otro
/Mundo

Hay como el deseo de otra (*des*)posesión, otra manera de
/habitar el amor

Y no se encuentran migas en la noche salvaje

Hay que deambular por el caminito ciego

(*A lo lejos*) los rascacielos como palacios brillantes y
/deshabitados

El ti vivo desolado y roto como una estrella decapitada y
/húmeda

La nieve pastosa en el camino entre los desfiladeros
/ensangrentados

Por eso el muchacho se aleja como un efebo griego entre el
/polvo ya pasado (*para siempre*)

Por eso la muchacha moja sus labios en el cuenco de plata de
/otra vulva perdida (*eternamente*)

No se puede perder lo ya perdido (*se escucha como un tango*
/desvaído)

Entonces hay que escapar otra vez hacia la sombra de los
/abedules helados

(*como si en película muda las escenas se repitieran con*
/prolijidad canibal)

Sí (*amada víctima, animal desconocido*), regresa a la playa
/donde sucede lo que no tiene principio (*ni fin*)

La orilla turbia, el remolino suicida, las manos dentro del agua
/como medusas inconfesables

(*La cámara se aleja para preservarte del énfasis y la*
/premonición)

11 de julio, 2013

Memoria (o canon) del perdedor

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo...

Yo siempre quise estar con los vencidos

Perder para ganar una derrota

Que solo la derrota hace más profunda la memoria

Menos limpia, más interesante

Turbia y caótica como una nube cósmica

Con un remordimiento inconfesable

Y un camino desconocido y casi imprevisible

Que eso debería, Sancho, ser la libertad

Como víspera u ocaso

Siempre umbral

Desconfiad de futuros luminosos

De guerreros invencibles o pueblos predestinados

Después de la nieve, el barro

El sol ilumina y a la vez corrompe

Que todo dios es ambiguo

Patético como rey

Y como tirano, histrión

En cierto modo envejecer ya es perder

De repente todo lo joven es hermoso

La esperanza sólo existe en el pasado

No en el presente huidizo y agónico

Que recordar (como diría un bolero)

Es olvidar también

En la víspera de la muerte

En el umbral del viaje sin nombre

El paraíso quedó atrás como la lluvia de Borges
Por eso te apresuraste sobre el fruto prohibido
Para que todo quedara siempre atrás
Y el éxodo no fuera hacia el porvenir
Sino hacia ese principio irreplicable
Donde fuiste vencido por una vocación salvaje
Un oscuro deseo y un arte (toscano) de melancolía

Quisiste que tu futuro fuera Shakespeare
Todo intensidad y pasión y sueño y locura
Mirar con tus ojos tan jóvenes y un cuerpo putrefacto
Los animales de furiosa belleza
En verdad ya desde siempre inalcanzables

Pues toda posesión es fugitiva
Todo poder deleznable
Y solo en la derrota hay plenitud.

ÍNDICE

Prólogo de Efraín Rodríguez Santana	7
Epístola a Enrique Saíñz (o de las conversiones imaginarias)	13
El sol que no miente	24
De la pérdida	25
De Borges	26
Borra el margen	27
Minotauro	28
Del sueño	29
La otra mano	30
Desde el légamo	31
Una tela blanca	32
De la mirada desconocida	33
Martí	35
Manchas	36
Láminas, espejos, umbrales, ondas de agua	37
Ritual oscuro	38
El segador oscuro	39
Palacios, ruinas, otoños	40
Como un ladrón	41
Los tesoros del escriba	42
Bolas que ruedan	43
Gladiator	44
Banquete (De la Belleza)	45
Nieve	46
La música imposible	47
Caos	48
El otro, lo otro	49
El otro cuerpo	51
Del púrpura opulento	52
Réquiem	53
<i>Carpe diem</i>	54
Para volver...	55

Incertidumbre	56
Páramos	57
La soledad de una llama	58
Pero no quiero...	59
Quiero tu cuerpo	60
El singao día (o yema con fe)	61
Ruinas	65
Del escriba doliente	66
Alguna tela, una lámpara	67
Poesía cubana (o cajitas de nieve)	68
Agujeros negros	69
Vienen las depredaciones	70
Islas, lluvias, charcos, golfos de aguas	71
No se puede tocar	74
Cicatriz	75
Los hiperbóreos (o de los animales sagrados)	76
Lo sombrío	84
Isla doliente	86
Noches (cubanas)	87
Las muchachas perversas no tienen frío	89
Las formas	90
Como la musaraña	91
Noche de Reyes	92
Soria	94
Prolongado soneto	96
Antes que el tiempo acabe	97
Umbral	98
Dalia Negra	99
Leyendo a Sor Juana	100
Del viaje	101
Memoria (o canon) del perdedor	103

Este libro se terminó de imprimir
el 10 de octubre de 2014

editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.
E-Mail: ebetania@terra.com y editorialbetania@gmail.com
<http://ebetania.wordpress.com>

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2014)

Colección Betania de Poesía:

La novia de Lázaro, de Dulce María Loynaz.
Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética), de Reinaldo Arenas.
Piranese, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.
13 Poemas, de José Mario.
Venías, de Roberto Valero.
Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana, de Pancho Vives.
Confesiones eróticas y otros hechizos, de Daina Chaviano.
Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno, de Carlota Caulfield.
Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres, Volver y Hemos llegado a Ilión (2ª edición), de Magali Alabau.
Altazora acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces, de Maya Islas.
Delirio del Desarraigo (2ª ed.) y Psicalgia/Psychalgie, de Juan José Cantón y Cantón.
Noser y Sin una canción desesperada, de Mario G. Beruvides.
Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo, de David Lago González.
Blanca Aldaba Preludia, de Lourdes Gil.
Tropel de espejos, de Iraida Iturralde.
Puntos de apoyo, de Pablo Medina.
Hasta agotar el éxtasis, de María Victoria Reyzábal.
Señales para hallar ese extraño animal en el que habito, de Osvaldo R. Sabino.
Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde, de Antonio Giraudir.
Cuaderno de Antinoo, de Alberto Lauro.
Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios, de Orlando Fondevila.
Memoria de mí, de Orlando Rosardi.
Equivocaciones, de Gustavo Pérez Firmat.
Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda, de Florence L. Yudin.
Hambre de pez, de Luis Marcelino Gómez.
Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones, de José Puga Martínez.
Cuerpo divinamente humano y Vidas de Gulliver, de León de la Hoz.
Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas, de

Ismael Sombra Haber.
Mitologías, de María Elena Blanco.
Entero lugar e Íntimo color, de Laura Ymayo Tartakoff.
La Ciudad Muerta de Korad, de Oscar Hurtado.
No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia, La cadena perpetua de nunca olvidarte, Le puse alas al mar para que viniera a verme y *Ciudadano de un archipiélago de ternura*, de Roberto Cazorla.
Oasis, de José Ángel Buesa.
Versos sencillos, de José Martí.
Voces que dictan y Reinenciones. Poesía desde el pensamiento, pensamiento desde la poesía, de Eugenio A. Angulo.
Tantra Tanka, de Aristides Falcón Paradi.
La casa amanecida y El invitado, de José López Sánchez-Varos.
Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo, de Arminda Valdés-Ginebra.
De_Dos que el amor conocen, de Pedro Flores y Lidia Machado.
Rosas sobre el cemento (Poemario de la primera mitad del siglo), de Carlos Pérez Casas.
Catavientos, de Lola Martínez.
País de agua, de Carlos E. Cenzano.
Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa, de José Manuel Sevilla.
En las regiones del dios Pan, de Carlos Miguel González Garrido.
La flauta del embaucador, de Eduarda Lillo Moro.
Madona, de Jaume Mesquida.
Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Huellas, de Victor Monserrat.
Los vencidos, de Joaquín Ortega Parra.
El viaje de los elegidos, de Joaquín Gálvez.
Una suma de frágiles combates, de Lucía Ballester.
Lo común de las cosas, de Ricardo Riverón Rojas.
Melodías de mujer, de Joely R. Villalba.
La guadaña de oro y Jesús, tú eres mi alegría y El hotel de los lunes, de José Villacís.
Amaos los unos a los otros, de Oscar Piñera Arenas.
Numeritos y palabras, de Roberto Ferrer.
Afuera, de Camilo Venegas.
Vendedor de espejos, de Eliecer Barreto Aguilera.
Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia, de Alina Galliano.
Fugitiva del tiempo, de Emilia Currás.
Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas, de Evelio Domínguez.
La memoria donde ardía, de Olga Guadalupe.
Contemplación. Thoughts and Poems, de Ileana González Monserrat.
Tribunal de sombras, de Guillermo Arango.
Las palabras viajeras, de Aimée G. Bolaños.
Cuba en verso: la isla entre rejas, de Ada Bezos Castilla.

Adán en el estanque, de Yoandy Cabrera.

Lenguaje de mudos, de Delfín Prats.

Vida ensombrecida, de Eugenia Muñoz.

El duende (Poemas y cuentos) y *Heridas (Poemas)*, de Víctor Reynaldo Marrero Pérez.

Los poetas nunca pecan demasiado, de Manuel A. López.

El centeno que corta el aire, de Margarita García Alonso.

El libro de las conversiones imaginarias, de Jorge Luis Arcos.

La casa de mis abuelos (Poemas y cartas), de Castor González Madrazo.



Jorge Luis Arcos

(La Habana, 1956). Poeta y ensayista. En 2004 se radicó en Madrid. Desde 2010 vive en San Carlos de Bariloche, Argentina, donde se desempeña como profesor de Literatura Latinoamericana en la Universidad Nacional de Río Negro.

Su último libro de ensayo: *Kaleidoscopio. La poética de Lorenzo García Vega* (Madrid, Colibrí, 2012). Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Conversación con un rostro nevado*, Premio Luis Rogelio Nogueras 1991 (La Habana, Ediciones Extramuros, 1992), *De los inferos*, Premio IV Biental Latinoamericana de Poesía “José Rafael Pocaterra” 1996-1998, Ateneo de Valencia, Venezuela (La Habana, Ediciones Unión, 1999, y Caracas, La Liebre Libre Editores, 2000), *La avidéz del halcón*, Premio de Poesía Centenario de Rafael Alberti 2002 (Cádiz, 2003, La Habana, Letras Cubanas, 2003), y *Del animal desconocido*, Premio Internacional de Poesía Casa de Teatro 2002 (Santo Domingo, República Dominicana, Casa de Teatro, 2002).



editorial **BETANIA**
Colección BETANIA de Poesía